

La juventud como proceso: Jóvenes entre la exclusión social y la construcción de proyectos de vida.

Lic. Foressi, Corina, Lic. Quartulli, Diego, Lic. Raffo, María Laura y Lic. Salvia Ardanaz, Victoria.

Cita:

Lic. Foressi, Corina, Lic. Quartulli, Diego, Lic. Raffo, María Laura y Lic. Salvia Ardanaz, Victoria (Diciembre, 2007). *La juventud como proceso: Jóvenes entre la exclusión social y la construcción de proyectos de vida. 8vo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Asociación Argentina de Especialistas de Estudios del Trabajo - ASET, Buenos Aires, Argentina.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/diego.quartulli/3>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pfdZ/skD>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA JUVENTUD COMO PROCESO: JOVENES ENTRE LA EXCLUSIÓN SOCIAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE PROYECTOS DE VIDA

Autores: Corina Foressi¹ Diego Quartulli², María Laura Raffo³ y Victoria Salvia Ardanaz⁴

Afiliación institucional: Instituto de Investigaciones Gino Germani-Facultad de Ciencias Sociales-UBA⁵

INTRODUCCIÓN

Los jóvenes enfrentan en la actualidad una particular coyuntura, en la que el sistema político- económico no parece ofrecer espacios de inserción social para ellos, y los enfrenta a un horizonte de desempleo y precarización laboral, así como también de deficiencias educativas e inadecuación entre la formación y los reclamos del mercado laboral. El pasaje hacia la adultez, definido histórica y culturalmente como un proceso de cambio y reacomodamiento dificultoso, se complejiza aun más debido a las actuales restricciones en las posibilidades de inserción plena de la juventud en el mercado de empleo remunerado, que constituyen una de las problemáticas más relevantes que afectan a este grupo etario en la actualidad.

En nuestro análisis partimos de considerar que esta situación de vulnerabilidad, que actúa debilitando los procesos de integración social al obstaculizar el acceso a uno de los mecanismos históricos de inclusión, se inscribe de manera diferencial al interior de este grupo, al estar cruzada por variables como la pertenencia de clase, lo que se traduce en desiguales condiciones de vida y oportunidades.

Del mismo modo, y profundizando el impacto de estas inequidades, intervienen otras de naturaleza simbólica, las cuales se fundan en una determinada construcción genérica de las diferencias sexuales. Consideramos que estos discursos y prácticas, que estatuyen el *ser hombre* y el *ser mujer*, actúan generando mayores desigualdades en el acceso a determinados bienes materiales, sociales y culturales, por lo que la perspectiva de género se

¹ Lic. Sociología (FSOC-UBA). Maestría en Políticas Públicas (FSOC-UBA). corifo@yahoo.com.ar

² Prof. y Lic. Sociología (FSOC-UBA) dquartulli@gmail.com

³ Lic. en Sociología-UBA. Becaria CONICET. Magíster en Investigación en Ciencias Sociales (FSOC-UBA) mlauraraffo@gmail.com

⁴ Prof. en Antropología (FFYL-UBA). Becaria CONICET. Maestría en Investigación en Ciencias Sociales (FSOC-UBA). vvsalvia@gmail.com

⁵ Dirección Postal: Uriburu 950, 6º Piso, Oficina 21 (CP 1114) Tel:4508-3815 (int.219)

perfila de este modo como una categoría de análisis fundamental. Si bien, uno de los rasgos que definirían los cambios ocurridos los roles de género y por lo tanto en las características de vida de hombres y mujeres a partir de la segunda mitad del siglo XX, es la irrupción de la mujer en el espacio público (laboral, científico, cultural y político) tradicionalmente ocupados por hombres (Fernández; 1994), esta ruptura de los dispositivos de la cultura patriarcal, que restringieron a las mujeres al ámbito privado y las ubicaron en posiciones de heteronomía con respecto al varón, pareciera ser más compleja de producirse en las estructuras familiares de los sectores populares.

Pero, ¿Qué significa ser jóvenes? ¿Cómo afectan las definiciones de clase y género a la posibilidad de pensar esta categoría? ¿Cómo representan los jóvenes sus vidas y su lugar en el espacio social? Y además, ¿qué vinculaciones y brechas existen entre sus situaciones de vida y el modo en que la representan y aquellas políticas sociales que pretenden generar cambios en sus condiciones de desigualdad? Por más de una década los sectores sociales considerados más vulnerables, han sido objeto de políticas sociales que intervienen en su situación aplicando criterios de elegibilidad “focalizados” en la “portación” de determinados atributos. ¿Cuál es la eficacia de este tipo de intervención como medio de inclusión social de las jóvenes pertenecientes a los sectores que hemos definido?

En este trabajo no se pretende dar una respuesta directa a todas estas preguntas, pero si acercarnos a esta reflexión a través del abordaje de las representaciones y trayectorias de un grupo de jóvenes en situación de desempleo estructural, miembros de núcleos familiares vulnerables, residentes en un barrio segregado del conurbano Bonaerense, que han sido caracterizados como población objetivo de una política focalizada: el Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil- Programa Incluir (2004).⁶

Desarrollamos nuestra investigación sobre un grupo de jóvenes hombre y mujeres de entre 18 y 25 años que residen en el barrio Gral. Sarmiento y la Villa Carlos Gardel

⁶ El Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil - Programa Incluir (2004), desarrollado por el Ministerio de Desarrollo Social, y determina de como beneficiarios de su accionar, a aquellos “jóvenes entre 18 y 25 años de edad, desocupados o subocupados, en situación de pobreza, con bajo nivel de escolaridad y/o baja calificación laboral”, partiendo de considerar que es este segmento juvenil, aquel en el que la crisis económico social de la última década ha tenido mayor impacto. El Programa se estructura en tres líneas de intervención: desarrollo de capacidades productivas, participación socio comunitaria de los jóvenes, y fortalecimiento institucional. El presente trabajo focaliza sobre la implementación de la primera de estas líneas, en su componente “capacitación en oficios”, la cual busca proveer los conocimientos, destrezas y habilidades para el desempeño de una ocupación laboral, privilegiando modalidades de capacitación orientadas al aprendizaje de oficios.

durante el proceso de implementación del Programa Incluir en el año 2005 y luego de la finalización de éste⁷.

Pretendemos de este modo desarrollar una indagación sobre las condiciones objetivas y sobre las representaciones de estos jóvenes acerca del mundo laboral y educativo, analizar el modo en que desarrollan sus estrategias de supervivencia, laborales o asistenciales, y su vinculación con diversos agentes (posibles empleadores, grupos políticos, agentes del Estado en diferentes niveles, ONG, Iglesia, etc) así como también conocer la particular vinculación que establecen con el conflictivo espacio público en el que se movilizan.

¿Cómo repercute en sus vidas la política social cuya aplicación analizamos? ¿Cuál es el imaginario de estos jóvenes sobre dichas políticas? ¿Por qué se interesan en ellas? ¿Qué los alejan? ¿Perciben los jóvenes que estas poseen repercusiones en su vida? ¿Cómo evalúan ese impacto? En definitiva, ¿cuáles son las condiciones objetivas y subjetivas que los acercan o los alejan de las políticas, programas y acciones de carácter público que pretenden favorecer su inclusión social a través de mejorar su capital humano y capacidades de inserción laboral y/o comunitaria?

A partir de este enfoque multidimensional orientado a reconstruir y significar las condiciones de vida de dichos jóvenes, intentaremos acercarnos a esas respuestas.

JUVENTUD (ES): ITINERARIO(S) DE TRANSICIÓN, HACIA QUÉ?

Podríamos pensar en primera instancia cuán acertada resulta una definición de la juventud⁸, que la concibe desde una supuesta nominalidad neutral y la asocia meramente a la pertenencia a una determinada franja etaria. ¿Cuáles son las características “comunes” de la “juventud”, para hacer que puedan ser ubicados y nombrados como parte de un mismo colectivo? ¿Puede una definición de este tipo, dar cuenta de las distinciones que al interior de este grupo imprime el género y las particulares condiciones de existencia? ¿Cómo dar cuenta de que ella encierra distintas maneras de vivirla, diferentes biografías que a veces poco tienen en común?

⁷ Para el presente trabajo se ha empleado un abordaje metodológico cualitativo, utilizando como técnicas de recolección de datos para la generación de evidencia empírica la realización de grupos focales y entrevistas semi-estructuradas en profundidad que hicieramos entre el 2005-2006.

⁸ Sobre los problemas de la noción de juventud, véase el artículo de Pierre Bourdieu “La juventud no es más que una palabra”, también en *Sociología y cultura*. Este autor procura mostrar que el hecho de hablar de los jóvenes como si fuesen una unidad social con intereses comunes constituye en sí mismo una manipulación: a sus ojos, sólo a través de un abuso tremendo del lenguaje pueden colocarse bajo un mismo concepto universos sociales que no tiene nada en común.

En ese sentido, la juventud como *transición* hacia la vida adulta (dejar la escuela, comenzar a trabajar, abandonar el hogar de la familia de origen, casarse, formar un nuevo hogar, etc.), remite a un tiempo de ensayo y error, a un período de moratoria social, determinado histórica y socialmente⁹ y no asociado meramente a la condición de edad. Es necesario poner de manifiesto, al plantear la condición de juventud, los aspectos relativos a las desigualdades sociales que están implícitos en la noción de “moratoria”. Los jóvenes de sectores medios y altos tienen, generalmente, oportunidades de estudiar, de postergar su ingreso a las responsabilidades de la vida adulta: se casan y tienen hijos más tardíamente, gozan de un período de menor exigencia. Por el contrario, los integrantes de los sectores populares tendrían acotadas sus posibilidades de vivir la moratoria social por la que se define la condición de juventud: deben ingresar tempranamente al mundo del trabajo –a trabajos más duros y menos atractivos-, suelen contraer a menor edad obligaciones familiares (casamiento o unión temprana, consolidada por los hijos). Carecen del tiempo y del dinero –moratoria social- para vivir un período más o menos prolongado con relativa despreocupación y ligereza.

Considerar la dimensión etaria como un dato explicativo de percepciones y prácticas regulares termina funcionando en los procesos de investigación sobre el tema como un obstáculo epistemológico que impide comprender la influencia de otros factores –como la clase, el género¹⁰ y las pertenencias étnicas o culturales- que en ocasiones terminan siendo más importantes que poseer una edad determinada. Ahondar en esas distancias sociales que existen entre los distintos tipos de jóvenes –y las prácticas y percepciones que los diferencian y los separan- permite superar la consideración de una juventud homogénea, tendiente a identificar a todos los jóvenes con algunos de ellos. Desde esta

⁹ “La estructuración en clases de edad difiere enormemente de unas sociedades a otras. Así, en la Europa pre-industrial, la conformación era muy distinta a la que conocemos en la actualidad: no existía la fase que ahora se denomina “adolescencia”; la infancia no estaba separada del mundo adulto (...) y terminaba a los 7-8 años; la variación en la construcción de las categorías de “infancia” y “juventud” era enorme de unas regiones a otras –al estar poco extendido el sistema escolar, no se había producido aún una homogeneización institucional de las clases de edad- , la categoría de “joven” podía abarcar desde los 6 hasta los 40-50 años.” (Criado, Internet)

¹⁰ Otra dimensión a tener en cuenta es que la juventud depende también del género, es decir, la condición de juventud se ofrece de manera diferente al varón o a la mujer. Ser mujer-joven-madre en un contexto social de pobreza aguda lleva a la pregunta sobre su condición juvenil. En este sentido, resulta importante comprender el significado del concepto de juventud en tanto que éste trae aparejada una situación de discriminación en la que no se tiene en cuenta la dimensión del género, o más bien se considera como único punto de referencia la experiencia de los jóvenes varones. En el marco de esta investigación se pudo observar cómo una misma etapa vital es vivenciada diferencialmente por los jóvenes varones y por las mujeres, visibilizando las implicancias que asumió esta dimensión en la conformación de las trayectorias laborales, educativas y familiares y en los tránsitos territoriales.

perspectiva, no habría “una juventud” sino “juventudes” distintas. (véase Braslavsky, 1986; Margulis, 1996; Criado, 2005)

Las modalidades que asumen los diversos itinerarios juveniles¹¹ se evidencian no sólo en el uso del tiempo libre, sino también en la incorporación al mercado laboral, en la educación y en la conformación de las relaciones familiares, en contextos geográficos y locales determinados. En este sentido, es que avanzaremos sobre las especificidades y complejidades que asume este período de transición (familia-educación-trabajo) para los jóvenes estudiados, profundizando sobre los momentos y tiempos de duración que se asignan a cada etapa y sobre el significado asociado a los mismos.

PROCESOS DE EXCLUSIÓN: ITINERARIOS LABORALES, EDUCATIVOS Y TERRITORIALES

Jóvenes y trayectorias educativas. Presente discontinuo e ilusión de futuro.

Un primer camino para comprender el mundo de vida de los jóvenes de Carlos Gardel y Gral Sarmiento fue el de la reconstrucción de sus experiencias educativas. ¿Qué es la escuela para estos jóvenes? ¿Con qué valoración la representan? ¿Para qué la escuela? ¿En relación a que necesidades y anhelos?

En este proceso de conocer estos caminos de escolarización, se nos hizo evidente que esta relación con el mundo de la escuela no se ha desarrollado de un modo fluido y sin conflictos y que han sido más las dificultades que los alicientes que encontraron para permanecer dentro del sistema educativo. Por esta razón, buena parte de las trayectorias son fragmentarias, trucas o inconclusas ya que el “desenganche” del sistema escolar formal se ha producido desde edades muy tempranas.

¹¹ En sectores más pobres se comienza a trabajar más temprano, en trabajos manuales o de poca especialización. También suele ser más temprana la constitución de la propia familia y la reproducción de la misma. Las etapas de crisis económicas y la creciente desocupación introducen variantes en esta característica propia de las clases populares: los jóvenes no estudian, buscan participar prontamente en la actividad económica, pero muchos no consiguen empleo. En consecuencia, el desempleo tiende a expandir el período de transición de la juventud. La vida adulta se aleja, con la moratoria más prolongada, también para los sectores populares. Avanzando en lo que podríamos denominar “ocio forzado”, que no se relaciona con los individuos que poseen tiempo libre, que disfrutan del ocio y de una moratoria social, que les permite vivir sin angustias ni responsabilidades. Sino un tiempo asociado a la frustración e impotencia relacionado con el paro forzoso.

Para ellos la permanencia en el interior del sistema educativo constituye un aspecto crítico y son varias y de distinta relevancia las circunstancias que describen como trascendentes para explicar su alejamiento. Podemos distinguir entre las razones esgrimidas factores externos e internos a la escuela, que estarían asociados al abandono o deserción escolar.

En muchos casos ellos explican la deserción por factores externos a lo institucional: fundamentalmente son los condicionamientos familiares, ya sea por las demandas de dedicación a la vida doméstica o por la exigencia o necesidad económica familiar de salir a trabajar. Pareciera que por diversas circunstancias, que como luego veremos tienden a aparecer vinculadas a distribuciones diferenciales de roles de género, sus mundos laborales y familiares no son compatibles con el desarrollo en el ámbito educativo. Uno de los casos más ejemplificadotes fue el siguiente:

"Mi idea era estudiar para radióloga, y después mi marido me dijo, dale, vamos a tener un hijo, vamos a tener un hijo y me terminó convenciendo, hasta el día de hoy yo le digo, si te hubiese dicho que no ya estaría con mi título, ya estaría trabajando, pero bueno, acá está, dije que sí, y bueno, ya está, ya vino, pero yo quería tener un buen título, porque no te sirve de nada"

Pareciera que los y las jóvenes perciben esta destacada brecha entre su mundo de vida y la institución escolar. Los juicios que los jóvenes expresan sobre la escuela se encuentran relacionados con: que es aburrida, desconectada de su realidad y escasamente formativa para el mundo del trabajo, en definitiva, revela un sistema escolar que no ofrece respuestas para hacer frente a situaciones ligadas a las necesidades familiares y a la inestabilidad del mundo del trabajo.

Sin embargo, nos parece importante destacar que en la mayoría de los casos el reconocimiento de esa desconexión los lleva a la autoculpabilización. Ellos asumen como propia la responsabilidad por el abandono, por el no poder continuar, y se sienten de algún modo responsables por el desencaje entre sus vidas privadas y el ámbito público escolar. Por lo tanto, no todas sus críticas se concentran en las acciones u omisiones del sistema educativo.

"A mi me explotaba mucho mi familia. Yo vengo con problemas desde mucho antes. Por eso... la cabeza no me daba... por eso yo dejé. Yo vengo con muchos problemas desde muy atrás, no desde 7°, sino de 1° grado. No podía nada, sabía muy poco de la escuela, entendía muy poco de los temas. La cabeza no me daba."

Para ellos, entonces, la escuela “no tiene toda la culpa” y aunque muchos hayan abandonado esto no implica un descreimiento en los valores de la educación. Es destacable que para todos ellos la educación es un valor particularmente positivo, ya que existe un ideal compartido de que los proyectos se pueden materializar fundamentalmente a través de los estudios. En especial, aquellos vinculados con el logro de mejores posibilidades de inserción laboral.

Consecuentemente, el no tener estudios explica para ellos en buena medida sus dificultades de desarrollo personal e inserción laboral, así como también demarcan un límite para sus posibilidades de desarrollo educativos a futuro. Aparece aquí una tensión evidente, ya que aunque por un lado el valor de los estudios se destaque en sí, por el otro el nivel de estudios que efectivamente poseen pareciera ser siempre insuficiente: para aquellos que no terminaron la primaria o el secundario, esta interrupción aparece como una carencia importante, mientras que los jóvenes que terminaron los ciclos, consideran que sus credenciales no les fueron útiles para su inserción laboral.

Se manifiesta también, una contradicción entre la valoración de la educación como medio para la movilidad y el progreso personal y las evidencias cotidianas que les muestran que los niveles y calidad de instrucción necesarios para la inserción laboral exitosa no son accesibles para ellos. Como hemos relatado ellos perciben que son muchos los obstáculos para terminar la escuela, pero fundamentalmente, entienden que las constricciones socio-espaciales marcan que el sistema educativo al que ellos pueden acceder es deficiente en cuanto a el otorgamiento de las credenciales y los saberes necesarios para la vida.

Jóvenes y trayectorias laborales. Miradas desde el “afuera”.

Los relatos vinculados con la inserción laboral refieren a un creciente debilitamiento de los vínculos de los y las jóvenes –como hemos dicho, en general poco calificados- con el mercado de trabajo. En el plano laboral, podríamos ubicar sus trayectorias en una gradación que iría desde experiencias laborales formales con cierta estabilidad (lo que solo se ha dado en unos pocos casos y por períodos muy breves), pasando por trabajos intermitentes y hasta el desarrollo de actividades extralegales o incluso ilegales. Las implicancias de una experiencia laboral evanescente, siempre fragmentaria o directamente inexistente, tiene su impacto en los relatos de los y las jóvenes sobre sus itinerarios laborales, proceso que se plasma en la dificultad que tienen la mayoría de

ellos para hablar de las actividades que efectivamente realizan o realizaron, como formando parte de una trayectoria. El mundo laboral es descrito por ellos como un mundo poco explorado, conocido más desde un afuera, con esporádicos momentos de contacto.

Del mismo modo, la inestabilidad laboral hace que para ellos sea muy difícil imaginar alguna movilidad ascendente a corto o mediano plazo: el trabajo se transforma en un recurso más de obtención de ingresos entre muchos otros como los planes sociales, las changas, o incluso el robo: es un rebusque guiado por una lógica de provisión¹².

“Yo creo que un buen trabajo, a nuestra edad no lo ves tanto, pero un trabajo que puedas hacer carrera. Un trabajo que tengas perspectiva de algo más. Porque yo y todos los que estamos acá trabajamos para sobrevivir, y eso no está bueno”

Los y las jóvenes describen el ingreso al mercado laboral como una batalla frente a condicionantes y obstáculos. Por esta razón la búsqueda laboral suele no materializarse en acciones sistemáticas y sostenidas en el tiempo, situación que se vincularía con las reiteradas experiencias de fracaso por las que han atravesado. En relación con la búsqueda de trabajo, lo distintivo no son las estrategias utilizadas, sino los impedimentos con los que suelen encontrarse a la hora de conseguir trabajo. Lo que prevalece es la afirmación de un deseo o anhelo frustrado: “yo quiero trabajar, pero...”. Buena parte de los relatos refieren a una percepción clara de que ellos y ellas no cumplen con los requisitos demandados y valorados por el mercado. Nos cuentan acerca de las dificultades para ingresar en el mercado laboral y ponen en evidencia el desfase entre lo que pueden ofrecer y aquello que perciben que el mercado les exige y demanda. Consideran que las remuneraciones son bajas en proporción al trabajo realizado, que es muy escasa la oferta de trabajos que ellos y ellas podrían desempeñar, lo cual además se ve acentuado en el caso de las mujeres, especialmente afectadas por las segmentaciones del mercado¹³. También afirman que los requerimientos (“saber computación”,

¹² Kessler habla de un proceso de pasaje en los jóvenes desde una lógica de trabajador a una lógica de proveedor y marca que la diferencia fundamental entre ambas “está en la fuente de legitimidad de los recursos obtenidos, que, en la lógica del trabajador reside en el origen del dinero; el fruto del trabajo honesto en una ocupación respetable y reconocida socialmente. [...] En la lógica de la provisión, en cambio, la legitimidad ya no se encuentra en el origen del dinero, sino en su utilización para satisfacer necesidades.” Esta lógica de provisión implica además una escasa posibilidad de planificación vinculada a bajas expectativas de rendimiento. (Kessler, G.: 2004, 41).

¹³ En palabras de Jelín, “Desde la perspectiva de la oferta de empleo persiste una fuerte segmentación ocupacional entre géneros. Mientras que los hombres participan en todo tipo de sectores económicos, las mujeres urbanas se concentran en los servicios y el comercio, y dentro de ellos desempeñan tareas

“inglés”) son inalcanzables teniendo en cuenta su nivel de instrucción. La falta de estudios y de experiencia, se combinan en un círculo vicioso irresoluble: sin estudios no se consigue trabajo, sin empleos no se acumula experiencia. Sea cual sea el nivel de experiencia y estudio que posean, ellos aseguran que “siempre habrá alguien que esté esperando más”. La sensación primordial al escucharlos es que ellos perciben, en sus intentos de acceso al “mundo laboral prometido”, que se los trata con injusticia.

En definitiva, las trayectorias de los jóvenes estudiados se alejan de los parámetros de las características del mercado laboral formal y reflejan el debilitamiento de los vínculos de los jóvenes menos calificados con el mercado de empleo y la creciente dificultad para traspasar los límites de las lógicas de proveedor.

Tal como hemos visto hasta acá a partir del análisis de estas trayectorias, se hace evidente que estos jóvenes, tal como hemos analizado en el apartado anterior, experimentan el resquebrajamiento de los mecanismos que tradicionalmente permitían y posibilitaban el pasaje entre el mundo educativo y el laboral, propios del periodo de transición entre la juventud y la adultez.

El trabajo, la educación y la familia. Un entramado de dimensiones en juego.

A partir de la descripción de trayectorias laborales y educativas que hemos realizado, se distinguen tres miradas posibles y complementarias para pensar estos itinerarios: la primera, concentrada en los factores vinculados al *mundo privado* (que hacen referencia a la socialización familiar recibida, la formación para el trabajo asociada a la educación formal y las experiencias laborales pasadas), la segunda, vinculada con factores relativos al *mundo público* (que refieren a la situación de las instituciones educativas y del mercado de trabajo y a las prácticas discriminatorias en el reclutamiento de la mano de obra), y por último las *mediaciones que operan entre ambos*.

Todos estos aspectos han demostrado tener la capacidad de facilitar o restringir la participación de estos hombres y mujeres jóvenes en el mercado laboral y educativo. La decisión de trabajar o no, de continuar con los estudios o abandonarlos, no es independiente entonces de la socialización recibida en los roles de género, del comportamiento laboral pasado, de la necesidad de compatibilizar tareas domésticas y

“típicamente femeninas”, es decir, aquellas definidas socialmente como extensión de las propias de la labor doméstica: para las mujeres populares, servicio doméstico en otras casas, limpieza y lavado/planchado de ropa, costura, cuidado de niños, ancianos y enfermos; para las mujeres más educadas de sectores medios, enfermería, secretariado, docencia.” (Jelin: 1998, 48)

extradomésticas, de los conflictos familiares, las necesidades económicas y las restricciones en el acceso a empleos.

Aunque la perspectiva de género no constituyó una de las dimensiones destacadas en nuestras primeras indagaciones teóricas sobre la temática juvenil, la confrontación empírica con los sujetos sociales evidenció la necesidad de adoptar dicho enfoque para posibilitar una mirada compleja que permitiera comprender adecuadamente las trayectorias laborales y educativas de estos grupos. Por estas razones hemos considerado indispensable para trabajar estas dimensiones, tener en cuenta las implicancias de género vinculadas con la división de roles y responsabilidades intrafamiliares que, como ya hemos esbozado previamente, permite dar cuenta de las especificidades y problemáticas particulares al interior de la categoría “jóvenes”.

Desde este punto de partida, son muchas las preguntas que se suman a las que anteriormente definimos sobre las trayectorias laborales y educativas: ¿La familia, el estudio y el trabajo ocupan un sitio similar para los jóvenes hombres y mujeres? ¿Tiene el trabajo en ellos y ellas igual relevancia? ¿Qué opciones y alternativas existen para pensar el desarrollo de sus vidas? ¿Cuál es el lugar de los hijos en el mundo juvenil? ¿Si se es madre, no se es joven? ¿Y que ocurre con los hombres jóvenes con respecto al rol paterno?

Una de las primeras cuestiones que nos interesa destacar es que las jóvenes mujeres, incluso aquellas que no son madres, destacan que las posibilidades de acceso al mundo laboral dependen de los arreglos familiares que definirán la carga de responsabilidades y tiempo destinados al cuidado de los hijos o hermanos y a la realización de las tareas domésticas (actividades percibidas por ellas como un “no trabajo”); los cuales son el resultado de la división sexual de roles en el interior de los hogares. La socialización en los roles de género¹⁴, que determina que el cuidado del hogar y de los hijos se entiendan como cuestiones que deben ser atendidas exclusivamente por las mujeres; ha llevado a que la vida cotidiana de las mismas se desarrolle primordialmente en el ámbito privado, relegándose su salida al mundo público.

“No, yo ahora no. Yo por ahora quiero criar a mis hijos con la ayuda de mi mamá. Si me meten la excusa de que por ellos (los chicos) no puedo salir a trabajar, menos me los van a cuidar si yo quiero estudiar. Y trabajar es algo

¹⁴ Estas diferencias de género se transmiten y construyen de generación en generación desde la más temprana infancia y pueden apreciarse en las cualidades y los roles que se le atribuyen a las niñas y a los niños. Los relatos dan cuenta que en su infancia, se han tenido que hacer cargo de sus hermanos menores, delegándose la responsabilidad de cuidar a los niños y realizar tareas domésticas en las hijas mujeres.

que entraría plata a la casa, y estudiando no entra nada. Menos me dejan trabajar, menos me van a dejar estudiar.”

En este sentido, las trayectorias laborales de estas jóvenes se caracterizan tanto por su intermitencia -ya que sólo se incorporan en momentos de extrema necesidad o cuando aparece alguna oportunidad de trabajar- como por el hecho de que las mismas han sido interrumpidas en muchos casos por el nacimiento de sus hijos¹⁵ o incluso de sus hermanos. Asimismo, el tipo de ocupaciones a las cuales han podido acceder en sus breves experiencias laborales, se caracterizaron por sus condiciones de informalidad y precariedad, lo que contribuye a generar cierto escepticismo acerca de los beneficios que aportaría el trabajo extradoméstico para sus vidas¹⁶.

Muchas de estas jóvenes mujeres ilustran su “voluntad” de trabajar¹⁷, sin embargo, se advierte claramente que las posibilidades de hacerlo son muy restringidas. El imperativo de trabajar para mantener a los hijos y la necesidad de dedicarles tiempo para verlos crecer, es una tensión que las jóvenes madres hacen explícita permanentemente, y que juega a la hora de aceptar y rechazar empleos. Más fuertemente se da esa tensión en los casos en que no son los propios hijos los que limitan las posibilidades de intentar salir al mercado, sino las configuraciones de roles de la familia de origen. Ocurre en muchos casos que el costo de una búsqueda -teñida de gran escepticismo acerca de las posibilidades de que obtener buenos resultados- no es considerado por el núcleo familiar, que sopesa los costos y las necesidades y delega en estas jóvenes el rol de cuidadoras.

La principal limitación para trabajar fuera del hogar se relaciona, entonces, con la existencia de niños pequeños en el hogar y con el modo en que la familia distribuye las obligaciones de su cuidado, situación que se complejiza frente a la falta de estructuras institucionales que las ayuden en la realización de estas tareas.

Por otra parte, en el caso de aquellas jóvenes con hijos, un camino siempre presente es el de acceder a aquellos planes sociales que las incluyen en su condición de madres. Estos alivian la problemática cotidiana de la subsistencia, brindándole alimentos a sus

15 En su mayoría las jóvenes mujeres consideradas en esta investigación eran madres o estaban embarazadas al momento de la entrevista (11 de las 17 entrevistadas tenían hijos a su cargo).

16 Cabe destacar, que el mismo se pone de manifiesto, por ejemplo, en las dificultades para encarar una búsqueda laboral sistemática y sostenida en el tiempo.

17 Como profundizaremos más adelante, para ellas, en correspondencia con una representación dominante en nuestra sociedad, el trabajo doméstico no es considerado como un “verdadero trabajo”, por lo que cuando refieren a “trabajo” están hablando de tareas extradomésticas por las que reciben algún tipo de remuneración.

hijos o nombrándolas perceptoras de un ingreso económico destinado a la mera supervivencia. Si el requisito de “contraprestar” a cambio del beneficio las hace participar en la esfera pública, suele reproducir la distribución de tareas domésticas, ya que fundamentalmente despliegan su accionar en merenderos y comedores.

La existencia de estos planes sociales es descripta por las jóvenes madres como una ayuda importante para sus vidas cotidianas, pero para muchas de ellas esto no borra de ningún modo el anhelo de una inserción en el mercado laboral, percibido como un modo de realización personal plena, tanto por la satisfacción económica como por la simbólica.

De algún modo, podríamos decir que los planes de asistencia constituyen un componente más de la trampa doméstica que impide que la fantasía del trabajo remunerado pueda al menos intentar su concreción: la obligación para con los hijos es muy difícilmente delegable, por lo que es escaso el tiempo disponible para buscar trabajo o para desarrollar pequeñas changas y, por otro lado, los planes son una ayuda tranquilizadora para las necesidades económicas, pero que no contribuyen a la concreción del deseo de desarrollo laboral. En el plano económico ellas deben considerar las erogaciones necesarias para ir a buscar trabajo o a para desarrollarlo –en particular para aquellas que tienen hijos que deben contar con la colaboración de otros mientras si se ausentan-, por lo que termina siendo muy poca la ganancia final obtenida. Asimismo, la responsabilidad que sienten como madres se convierte en otro escollo importante, ya que ellas perciben como preferible obtener menos con un plan, pero no verse obligadas a dejar a los hijos¹⁸.

En correspondencia con esta mirada tradicional sobre las responsabilidades domésticas, para estas mujeres el cuidado de los hijos y de la casa no es percibido, en ningún caso, como un trabajo. Frente al trabajo remunerado, las actividades domésticas son entendidas, incluso por quienes las realizan, como “no hacer nada”. El trabajo doméstico no remunerado no es reconocido como un trabajo y no reviste prestigio social.

Otro aspecto de gran relevancia que se desarrolla en los relatos es que para las mujeres entrevistadas, la juventud y la maternidad no parecieran ser compatibles. El concepto de juventud no es percibido por ellas como solo vinculado a una cuestión etaria, sino que

18 Catalina Wainerman afirma que el modelo tradicional de organización familiar se sostiene en las clases bajas como norma canónica, siendo en la mayoría de los casos la necesidad económica la que moviliza a las mujeres al mercado de trabajo. Las obligaciones y derechos que otorga la maternidad son fuertemente remarcadas y se percibe el rol de la “madre presente” como prioritario. (Wainerman: 2005).

lo relacionan con una serie de actitudes, códigos y haceres que las madres no perciben como propios, y que el resto de las jóvenes no reconocen como los característicos de las madres de su edad. Aquellas que son madres, aún confrontadas a mujeres de su misma edad y condición social, ponen de manifiesto la percepción de ese “antes” y “después” en sus vidas, que significó el nacimiento de sus hijos, suerte de proceso “inercial” devenido sin que mediara una elección consciente previa. Este acontecimiento provocaría el cese repentino del período de moratoria social, ya que ellas perciben que su lugar en el mundo, su rol principal, ha sido fuertemente definido desde el momento del nacimiento del hijo. Ellas no pasan de ser jóvenes a ser adultas, sino más bien de ser hijas a ser madres. Aquí vemos como de tener obligaciones para con su familia ascendentes pasan directamente a tener obligaciones para con su familia descendente:

“ No, después me vine a vivir con mi papá. Pero tenía que cuidar a mis hermanos. Después que cuidé a mis hermanos, tuve la nena y así quedé.”

Esta centralidad de la maternidad en la definición de sus vidas como adultas se vincula con la caracterización excluyente de sus perspectivas de vida presente y futura. Son tantos los condicionantes materiales y simbólicos que imposibilitan el desarrollo de una carrera laboral o de un proyecto laboral digno, de un vínculo de pareja estable o la constitución de un hogar autónomo, que el desarrollo de el rol de madres pareciera ser el más prestigioso cuando no el único posible.

En el caso de los hombres jóvenes todo parece desarrollarse de un modo bien distinto. Si tal como venimos diciendo la distribución de roles varón/mujer suele asignar a las mujeres la provisión efectiva de las tareas de cuidado de los hijos y el hogar, como contrapartida, en aquellos varones que asumen las responsabilidades asociadas al rol de padres, las mismas suelen vincularse a la provisión de un ingreso que les permita llevar a cabo la manutención de los hijos. Cabe señalar que esta situación se ve más fielmente reflejada en aquellos hogares biparentales en los que conviven ambos padres, ya que cuando las jóvenes madres no conviven con el padre de sus hijos y lo hacen con otros familiares, esta responsabilidad suele recaer en estos miembros.

Sin embargo, no solo aquellos que son padres asumen esta responsabilidad de proveedores económico, ya que también este rol nace en el seno de la familia de origen para luego formalizarse y extenderse si es que se desarrolla un nuevo núcleo familiar.

Más allá de la importancia de la definición del rol de proveedor, es necesario destacar que para los hombres la paternidad no tiene la contundencia definitiva y menos aun constituye una puerta de salida de la etapa juvenil.

En primer lugar, porque son pocos los jóvenes entrevistados que reconocen haber asumido responsabilidades plenas de convivencia, sustentación y cuidado con respecto a sus hijos. Muy por el contrario, la mayoría de ellos solo han reconocido responsabilidades económicas, y de un modo muy limitado dado que ellos no poseen inserciones laborales estables u otros modos de obtener un ingreso con cierta regularidad.

Es evidente que el grado de responsabilidad y compromiso es menor en los hombres jóvenes que en las mujeres, y que para ellos la llegada del hijo no implicó limitar otras actividades sociales o recreativas, o restringir sus tiempos de búsqueda o desempeño laboral o formativo. A diferencia de lo que ocurre en el caso de las mujeres, para los hombres no hay discontinuidad de códigos y rutinas con relación a los hombres que aun no son padres. Sin embargo, la preocupación por el sustento de los hijos aparece marcando una restringida pero arraigada responsabilidad de compartir cualquier ingreso de dinero que pueda existir.

Entonces, por lo dicho hasta aquí, estos jóvenes hombres y mujeres viven situaciones de exclusión que se evidencian en el desarrollo de sus trayectorias laborales y educativas y que a su vez se ven definidas de un modo diferencial por fuertes condicionantes de género, todo lo cual permite comprender más complejamente los procesos de pasaje y moratoria social, propios de la juventud.

Los jóvenes y el espacio territorial

Hasta ahora hemos definido detalladamente los cursos de vida de los y las jóvenes de Carlos Gardel y General Sarmiento sin adentrarnos de modo detallado en la caracterización del espacio territorial en que ellos habitan. Sin embargo, tal como describiremos a continuación, ese espacio cobra gran importancia a la hora de comprender las condiciones y las perspectivas de vida de estos grupos.

El espacio público en el que se mueven los jóvenes que son objeto de esta investigación está marcado por la concentración territorial de desventajas sociales, es decir, se encuentra inmerso en un acuciante proceso de segregación urbana. El Municipio de Morón se caracteriza por lo marcado de las desigualdades socioeconómicas y en su

interior Carlos Gardel y General Sarmiento son pequeñas islas territoriales con marcada concentración poblacional y altos índices de NBI. Estos espacios concentrados, se localizan en medio de zonas de alto y medio poder adquisitivo, por lo que los límites y desigualdades se destacan con especial intensidad. Los jóvenes viven el espacio público, como arena de conflicto y de imposición de restricciones, aunque el modo en que estas limitaciones y conflictos se hacen presentes no es igual para todos, estableciéndose una diferencia primordial entre lo que ocurre con hombres y mujeres.

Los hombres jóvenes se apropian del espacio público, viven fundamentalmente en la calle. Allí la apropiación se hace patente en la imposición de normas y prácticas sociales distintivas, y en la ocupación física del espacio barrial. Los hombres jóvenes están en la calle, es allí donde se los puede encontrar: en la canchita del barrio, en la esquina del kiosco, en las veredas de los monoblocks.

Los hombres jóvenes se encuentran cotidianamente en las esquinas, compartiendo buena parte de sus días y noches allí. En la calle se establece una amplia gama de relaciones con sus pares, se definen actividades, o sencillamente se deja transcurrir el tiempo.

Al transitar estos barrios se hace evidente que esta apropiación del espacio por parte de los hombres jóvenes es preponderante. El resto del barrio entiende esa ocupación del espacio de las calles como una privación del espacio público, como un acrecentamiento de la sensación de inseguridad. Los barrios de Carlos Gardel y General Sarmiento son percibidos desde el exterior como cuna de delincuentes, lo que constituye un fuerte estigma que carga la comunidad completa. Sin embargo, al interior del barrio este estigma se reproduce y se deposita de manera preferencial entre los “vagos”, cuya presencia constante en la calle solo magnifica la percepción de inseguridad del barrio. Dada esta situación, son los hombres jóvenes quienes se movilizan y disponen con mayor libertad en el espacio. El barrio es para ellos el escenario cotidiano de sus acciones, producto de la dificultad de acceso a otros ámbitos de institucionalización como la escuela y el mercado de trabajo.

De todos modos, se trata de una apropiación del espacio público fuertemente restringida al espacio barrial. La sociabilidad e incluso la movilidad de estos jóvenes encuentran fuertes límites en la “salida del barrio”, lo que tiene preponderante incidencia en sus perspectivas laborales.

La cuestión económica es la primera imposición limitadora, ya que alejarse del barrio implica disponer de medios económicos básicos para utilizar los transportes, y estos

jóvenes en muchos casos no los tienen o deciden disponer de ese dinero con otras prioridades.

La segunda limitación es aquella que impone la mirada de los otros. El estigma que cargan los habitantes del barrio por su pertenencia territorial es muy importante ya que se trata de un espacio percibido por la comunidad de Morón, la policía y los medios de comunicación como un reducto de marginalidad, delincuencia y peligro. Fuera del espacio barrial la discriminación es vivida cotidianamente por los jóvenes y la procedencia barrial pareciera funcionar acentuando las marcas físicas que de por sí generan efectos discriminatorios. En el marco barrial, la juventud también, constituye otra marca acentuadora del estigma, ya que entre quienes pertenecen al barrio son los hombres jóvenes quienes más se acercan al estereotipo delincencial aquí planteado. En lo anterior hubo acuerdo entre los hombres y las mujeres. Es más, ellas lo destacaban como uno de sus pocas ventajas para conseguir trabajo que tenían sobre ellos:

“...Es más difícil para ellos...Mayormente cuando son de acá, porque todos tienen antecedentes...”

“Y algunos son adicto, vio. La mayoría tiene antecedentes o son todos adicto.”

El tercer límite está vinculado con el anterior, pero se relaciona específicamente con las barreras policiales que circunscriben el barrio. Hay importantes destacamentos de prefectura que custodian las principales salidas de la Villa Carlos Gardel y el barrio General Sarmiento, lo que sumado a la mirada discriminatoria antes destacada, implica un escollo importante para circular libremente. Por otra parte, un cordón similar pareciera funcionar, según afirman los propios jóvenes, en la entrada a la Ciudad de Buenos Aires. El acceso a la Capital es percibido por ellos como casi inaccesible y hasta peligroso.

Tal como hemos establecido, el espacio público es de uso limitado para los jóvenes de barrios segregados, pero si además se es mujer, el acceso se restringe aún más. Una subjetividad que se modela en torno al rol materno tradicional, define al mismo tiempo al hogar como espacio preeminente de circulación. Es allí donde nuestras jóvenes, transcurren la mayor parte de su tiempo proveyendo servicios de cuidado, y permitiendo de este modo, la participación de otros miembros en el espacio de la producción material. El entorno barrial les es familiar, pero al mismo tiempo peligroso. En su

discurso, los jóvenes varones que no estudian ni trabajan, representan esa “*juventud perdida*” que imprime inseguridad a la circulación por el barrio.¹⁹

Las mujeres jóvenes viven el espacio público de un modo muy diferente al de los hombres. Para ellas se trata de un espacio ajeno, de tránsito. Las interacciones y relaciones sociales son para ellas mucho más restringidas. El barrio como espacio público más cercano, constituye el primer vínculo tras la apertura del mundo privado. Sin embargo, para las mujeres jóvenes, el mismo es primordialmente el lugar de localización, un territorio hostil y poco frecuentado como espacio de interacción social. El mundo privado, en la mayoría de los casos el hogar parental, es el espacio por antonomasia de estas mujeres. Las relaciones con vecinos, amigos o familiares se desarrollan fundamentalmente dentro de ese espacio cerrado. El barrio es para las mujeres jóvenes un espacio peligroso, y las posibilidades para moverse más allá de las fronteras barriales son tanto o más complicadas que las de los hombres jóvenes. En particular las mujeres jóvenes sin responsabilidad familiar realizan importantes esfuerzos por obtener empleos por fuera del barrio, sin embargo son pocas las ocasiones en que logran hacerlo exitosamente.

La limitación económica es en el caso de las jóvenes tan importante como para los hombres. Esto se acentúa aun más en las mujeres con responsabilidad familiar, ya que las obligaciones económicas que implica la crianza de los hijos comprometen la mayoría de los ingresos que obtienen. En estos casos, los hijos también complejizan las posibilidades de movilidad extra barrial.

También las mujeres sufren el estigma de la pertenencia al barrio, por lo que algunas de ellas han cambiado sus domicilios fraudulentamente para evitar ser discriminadas frente a una propuesta laboral.

El desarrollo de la vida en espacios caracterizados socialmente de modo marginal, determinan fuertes desventajas para los sujetos, ya que implica el desarrollo de procesos de aislamiento, fragmentación interna y desarrollo de lazos sociales ineficientes e incluso negativos para lograr un mejor posicionamiento en la sociedad más amplia. Tal como se observa en el caso de las mujeres, el aislamiento en el mundo privado del hogar

¹⁹ Las imágenes de estos varones se acercan a las propuestas desde el debatible supuesto conceptual, que entiende la pobreza como producto de la no inclusión en espacios laborales y educativos, y la asocia sin más a la caída en actividades delictivas. En el documento del Proyecto de Inclusión Juvenil (Programa Incluir), esta asociación se esgrime como uno de los factores tenidos en cuenta para focalizar la intervención en el colectivo de “jóvenes pobres”: “*Se constituye entonces un proceso mediante el cual estos jóvenes se ven imposibilitados de trabajar, de estudiar, perdiendo de esta manera sus posibilidades de afiliación social. Esto, a su vez, los lleva a caer en la pobreza, en la delincuencia y en la marginalidad*” (Documento de proyecto Programa Incluir; 2005)

se establece como un modo de encierro e imposibilita el desarrollo de vínculos sociales que permitan ampliar las estrategias de vida y abrir los horizontes de movilidad territorial, con todas sus implicancias de limitación social, educativa, laboral, etc. Los hombres, por su parte, acceden a un espacio público limitado y a la vez limitante, ya que como Wilson²⁰ destaca, en muchos casos en las vecindades pobres se dan vínculos sociales de gran vitalidad, pero que sin embargo establecen modelos de rol ineficientes que pueden provocar conductas negativas o imposibilitar conductas que permitan el mejoramiento de las condiciones de vida.

En definitiva, el modo en que los sujetos se muevan y apropien de su entorno marcará diferencias en la sociabilidad extendida que puedan desarrollar, pero no generaría cambios significativos en sus posibilidades de romper las desventajas y demarcaciones que actúan como entramado para la segregación. Sumado a la situación de aislamiento geográfico y de mercado en la que se encuentran, el hecho de tener un número reducido de contactos sociales y de ámbitos de participación, limitan significativamente sus probabilidades de conseguir un empleo, de ampliar sus estrategias de vida y de abrir horizontes de movilidad social.

POLÍTICAS SOCIALES: MIRADAS JUVENILES, MIRADAS DESDE EL ESTADO

Las demandas al Estado por parte de los y las jóvenes entrevistadas, dan cuenta de una valoración positiva hacia aquellas políticas sociales que les ofrecen no sólo ayudas materiales, sino también bienes simbólicos en la forma de un “capital” que los “enriquezca” subjetivamente. La posibilidad de acceder a un empleo de calidad, se inscribe como uno de esos bienes con potencial emancipatorio. Estos jóvenes muestran verdadera avidez por aprovechar oportunidades y generar así nuevos recursos que les facilite posicionarse para el mercado laboral y para la vida.

Es por ello que en general, el Plan Incluir fue valorado positivamente por considerar que la participación en él, les daría la posibilidad tanto de capacitarse gratuitamente, como de lograr un mejor posicionamiento frente al mercado de empleo. Perciben que el incluir

20 W. Wilson (1996), desde una mirada estructuralista, aporta una interesante perspectiva para encarar la problemática de los lazos sociales en las poblaciones pobres. El planteaba que para esos sectores, no es tanto la ausencia de sociabilidad lo que implica un problema, sino el carácter negativo o ineficiente que pueden presentar estos lazos. Este autor define que para pensar la posición de los sujetos en la sociedad más amplia, ciertos tipos de lazos sociales pueden tener efectos negativos.

es un tipo de Programa que no les da algo efímero, sino que los ayuda a construirse un futuro. Para algunas de las mujeres, en particular aquellas con responsabilidades familiares, el Incluir es valorado esencialmente como una oportunidad de salir del hogar y dejar un mundo cotidiano que ellas advierten es muy reducido. En general los jóvenes expresaron conformidad y entusiasmo ya que relatan que tener algo para hacer no es poca cosa para ellos.

Sin embargo, muy lejos está el Programa de generar en estos jóvenes una actitud proyectiva que les permita ver el recurso posible en función de una serie de metas laborales y personales. Como hemos visto, la mirada a corto plazo es la que prima en estas vidas marcadas por la incertidumbre.

También se destaca en muchos de los entrevistados la satisfacción por la existencia de un plan que está destinado a ellos, “los jóvenes”. Sienten que el Incluir los convoca, apela a ellos como jóvenes, lo que se destaca especialmente dado que ellos poseen la percepción negativa de que el mundo no les ofrece nada.

Pareciera existir también una identificación del Programa Incluir como un tipo de “plan modelo”, ya que cumple con las condiciones que ellos destacan como primordiales: no se lo identifica con un sistema clientelar, ofrecen algo concreto que la gente necesita y no dinero y lo que da se convierte en un capital del que el beneficiado puede apropiarse. Sin embargo, ese entusiasmo inicial, las representaciones positivas y esperanzadas sobre las potencialidades de la propuesta de participación en el Incluir, se desmoronaron rápidamente, dejando paso a una sensación de apatía y descreimiento generalizada. En los hechos, fueron pocos los jóvenes pertenecientes a los barrios de Carlos Gardel y Sarmiento que accedieron a los cursos, y cuando lo hicieron, tuvieron dificultades para concluir la capacitación. ¿Qué factores intervinieron en estas situaciones?

Consideramos que la conceptualización de la situación juvenil desde la que se partió, no contempló la compleja trama de condicionantes que dificultan esa inserción laboral que el propio plan intentaba viabilizar. Tanto las cuestiones de segregación espacial y económica, como el impacto subjetivo que tiene la perdurabilidad de una asignación de roles enmarcada en relaciones de género patriarcales, definen un panorama juvenil al que no es posible hacer frente a partir de planes que no contemplen la complejidad que estas cuestiones imprimen.

No es la intención de este artículo profundizar sobre las críticas existentes a las políticas focalizadas desde su modo de conceptualización y las lógicas subyacentes a sus planteos, sino detenernos a reflexionar sobre aquellos puntos en los que una política

particular (el Incluir en este caso) falla o acierta en la llegada a su población objetivo y, aun más relevante, si logra cambios trascendentes en las condiciones desiguales que se propone, al menos atenuar.

En este sentido, podemos afirmar que la falta de profundización sobre la condición heterogénea del grupo socialmente definido como juventud implicaron, entre otras cosas, que se utilizaran canales de difusión que no permitieron efectivizar el acceso a los beneficios de esta política a los jóvenes más vulnerables; se establecieron lugares de inscripción²¹ en nodos de circulación del municipio a los que estos jóvenes muy difícilmente acceden debido a las condiciones de desafiliación social, laboral y escolar que los atraviesan; y finalmente se definieron lugares de desarrollo de los cursos apartados de los de residencia de los jóvenes, pensados en función de concepciones de cercanía y centralidad que excluyen al territorio de Carlos Gardel y Sarmiento. Consecuente con un patrón masculino de beneficiario, el programa tampoco instrumentó acciones tendientes a facilitar la inclusión y permanencia de las mujeres jóvenes, en particular aquellas que eran madres y que difícilmente podían contar con reemplazos en sus funciones de cuidado, más cuando el motivo que las llevaba a ausentarse de estas tareas (“ir a estudiar”) no generaba retribuciones materiales en lo inmediato.

En conclusión, los datos que nos suministran los registros de inscripción nos permiten sostener que existió una “autofocalización” que incluyó a jóvenes que no pertenecían a las zonas más vulnerables del partido en términos socioeconómicos, y que poseían mejores niveles educativos que el perfil delineado. Por otra parte la dimensión relativa a la “Condición de trabajo” presenta categorías difusas que no permiten dar cuenta de niveles de precarización del empleo y de desempleo de los jóvenes. Concretamente, los números indican que el programa llegó a los jóvenes, pero no principalmente a aquellos que se configuraban como población objetivo.

Estas dimensiones impactaron de tal modo en la etapa de implementación del programa, determinando que los cursos de formación terminaran desarrollándose con grupos que

21 Cabe señalar, que el hecho de que la inscripción se llevara a cabo en escuelas públicas fue un requisito impuesto por el ente financiador. Esto permitió una mejor distribución y control de las planillas numeradas que se entregaban y retiraban todos los días a fin de propiciar la transparencia en la inscripción, y la supervisión conjunta del proceso por parte de la DINAJU y el municipio. Tal como se mencionó, esta condición no favoreció la inscripción de los jóvenes de menores recursos, ya que debían movilizarse hasta ellas, cuando su circulación es restringida, y además contar con los recursos económicos para hacerlo. Cara y ceca de las exigencias de “accountability”. Las necesarias exigencias de transparencia debieran ser también pensadas a partir del conocimiento real del contexto de aplicación de las políticas y de su población.

no pertenecían a las zonas más vulnerables del partido en términos socioeconómicos, y que poseían mejores niveles educativos que el perfil delineado, dejando afuera, ya sea en la convocatoria inicial o en las etapas de desgaste intermedias, a aquellos jóvenes en condiciones más vulnerables hacia los cuales estaba originalmente dirigido.

El conocimiento del espacio social en el cual se inscriben las acciones de una política pública constituye una herramienta fundamental, del mismo modo que la consideración de los problemas de integración sistémica entre Estado, mercado de trabajo, familia, escuela y barrio. Considerando la complejidad que imprime esta perspectiva conceptual, sería posible delinear políticas sociales en las que se diseñen estrategias más efectivas para abordar la problemática de la inclusión.

CONSIDERACIONES FINALES

A partir de los distintos aspectos considerados en este trabajo, ha sido posible profundizar el diagnóstico de las particulares condiciones de marginación y exclusión social que afectan a los jóvenes considerados población objetivo del Programa Incluir, residentes en Morón Sur, en la villa Carlos Gardel y el barrio Gral. Sarmiento. Se han establecido y sistematizado varios puntos centrales en ese sentido, que nos han permitido visualizar y comprender los condicionamientos de clase y de género en el que se inscriben los procesos de transición juvenil, según los contextos geográficos, locales y familiares analizados.

A partir del análisis de las trayectorias de los jóvenes estudiados se evidencia que, tal como hemos analizado previamente, experimentan el resquebrajamiento de los mecanismos que tradicionalmente permitían y posibilitaban el pasaje entre el mundo educativo y el laboral, propios del periodo de transición entre la juventud y la adultez. En ese sentido, sus trayectorias se alejan de los parámetros de las características del mercado laboral formal y reflejan el debilitamiento de los vínculos de los jóvenes menos calificados con el mercado de empleo.

La relación de los jóvenes estudiados con el mundo de la escuela no se ha desarrollado de un modo fluido y sin conflictos y han sido más las dificultades que los alicientes que encontraron para permanecer dentro del sistema educativo. Por esta razón, buena parte de las trayectorias son fragmentarias, trucas o inconclusas ya que el “desenganche” del sistema escolar formal se ha producido desde edades muy tempranas. En general los

procesos de deserción se asocian a factores externos a lo institucional: fundamentalmente son los condicionamientos familiares, ya sea por las demandas de dedicación a la vida doméstica o por la exigencia o necesidad económica familiar de salir a trabajar. Las diversas circunstancias, que tienden a aparecer se encuentran asociadas a distribuciones diferenciales de roles de género, lo que pareciera evidenciar que sus mundos laborales y familiares no son compatibles con el desarrollo en el ámbito educativo.

Los jóvenes hombres y mujeres estudiados experimentan situaciones de exclusión que se evidencian en el desarrollo de sus trayectorias laborales y educativas (caracterizadas por la inestabilidad y por la falta de oportunidades y experiencias frustrantes que conllevan al desaliento y a la auto-descalificación) y que a su vez se ven definidas de un modo diferencial por fuertes condicionantes de género, todo lo cual permite comprender más complejamente los procesos de pasaje y moratoria social, propios de la juventud.

Sin embargo, el mundo educativo y laboral sigue siendo percibido como el principal medio para la movilidad y el progreso personal, concentrando los mayores anhelos de los jóvenes para el futuro. En definitiva se trata de jóvenes cuyas vidas están ceñidas a una temporalidad inmediata, ya que la complejidad de sus estrategias de subsistencia cotidianas obstaculiza la posibilidad de pensarse más allá. Para ellos, sus sueños y anhelos no pueden ser proyectados para su concreción. Los límites, objetivos o imaginarios, son claramente percibidos y se manifiestan por la tendencia a pensar en un futuro mejor como una utopía o como algo que ocurrirá en un tiempo remoto, incluso intergeneracional; o por la imposibilidad absoluta de imaginar los años por venir, aun en un ejercicio de reflexión.

Es importante destacar que estas trayectorias se inscriben en un espacio público conflictivo y restrictivo. En este contexto barrial, predominante espacio de pertenencia y movilidad para los hombres y de tránsito y limitación para las mujeres, se perciben procesos de aislamiento, fragmentación interna y desarrollo de lazos sociales ineficientes e incluso negativos para lograr un mejor posicionamiento en la sociedad más amplia. Hemos señalado el acceso y uso diferencial de los espacios público y privado según el género. La oposición entre “la casa” y “la calle” parece reforzarse si la vemos en vinculación con el género, brindándonos un dato más acerca de los modos de

los y las jóvenes de vivir en el barrio. El espacio público barrial es “masculino” y preponderantemente “juvenil”.

Este espacio público segregado aparece sin embargo, atravesado por un complejo entramado de vínculos institucionales provenientes del Estado y que se traducen en la múltiple interacción de planes de asistencia. Es en este espacio determinado donde se inscribe la implementación del Incluir, programa de carácter público que pretende favorecer la inclusión social de los jóvenes vulnerables a través de la mejora de su capital humano y el desarrollo de sus capacidades laborales y/o asociativas. En ese sentido, se han detectado los factores que intervienen facilitando o imposibilitando la participación, de los jóvenes estudiados, en las políticas. Aunque la percepción sobre los planes de asistencia, desde la mirada de los jóvenes, es mayoritariamente negativa, el Programa Incluir es valorado positivamente, ya que les ofrece posibilidades de capacitación gratuita y les da recursos que perciben relevantes para el ingreso al mercado laboral, pero fundamentalmente porque el plan los hace sentir considerados ya que los interpela en forma directa, como jóvenes. Sin embargo, se evidencian como aspectos centrales que funcionaron como obstáculos para la participación, aquellos derivados de las diferencias de género y de las situaciones biográficas - familiares en que se encuentran estos jóvenes. Por otro lado, se avanzó en el conocimiento de las limitaciones y posibilidades que ofrece el programa Incluir dirigido a una población socialmente vulnerable, evaluando las condiciones sociales de aplicación e implementación del mismo en un espacio concreto y particular como Sarmiento y Carlos Gardel. En primera instancia, consideramos que la conceptualización de la situación juvenil desde la que se partió, no contempló la compleja trama de condicionantes que dificultan la inserción laboral que el propio plan intentaba viabilizar. Tanto las cuestiones de segregación espacial y económica, como el impacto subjetivo que tiene la perdurabilidad de una asignación de roles enmarcada en relaciones de género patriarcales, definen un panorama juvenil al que no es posible hacer frente a partir de planes que no contemplen la complejidad que estas cuestiones imprimen. En ese sentido, se evidenció como pertinente considerar la segmentación de los espacios urbanos para el diseño de políticas públicas en general, y para los programas y acciones de carácter público destinados a jóvenes residentes en zonas vulnerables del Conurbano Bonaerense en particular. El concepto de segregación socio-económica residencial es un instrumental conceptual y analítico potente para el diseño de políticas, por lo tanto, la

dinámica territorial de producción y reproducción de factores de marginalidad socio-económica debe ser tenida en cuenta a la hora de diseñar, implementar y analizar los resultados de una política pública en particular. De este modo, sería posible una perspectiva más compleja que no solo permita abordar las problemáticas objetivadas por las políticas de inclusión, sino que también facilitaría el desarrollo de canales óptimos para la ejecución de las mismas.

Si bien están lejos de ser concluyentes, los resultados de este trabajo sugieren la conveniencia de investigar más a fondo la relación sobre diversos procesos²² que parecen estar afectando a este grupo de jóvenes en particular: la exclusión de ámbitos de institucionalización de la transición a la adultez como la escuela y el mercado de trabajo. En ese sentido, el debilitamiento de los vínculos de los jóvenes menos calificados con el mercado de trabajo urbano, la creciente concentración en barrios con alta densidad de pobreza, las dificultades de acumulación de capital social, la exclusión del acceso a bienes materiales y simbólicos valorados y los procesos de estigmatización en juego confluyen en ubicar a estos grupos en una situación aún más desventajosa respecto al resto de los jóvenes. Las características de las transiciones juveniles estudiadas son relevantes en el posicionamiento laboral, educativo y social de largo plazo de los jóvenes estudiados, es por eso que sigue abierto el desafío de conformar circuitos de inclusión social en los cuales los jóvenes puedan participar plenamente en tanto sujetos históricos.

Avanzar en este sentido, contribuiría a comprender los efectos sociales de las crecientes desigualdades socioeconómicas y simbólicas sobre los procesos de transición juvenil y sus implicancias a futuro en el posicionamiento de los jóvenes estudiados en la estructura social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- **Cerrutti, M.**, (2003), “Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires”; en Wainerman, Catalina (comp.) *“Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

²² La combinación de distintos procesos de exclusión expresan –y son expresión- de las relaciones de poder y las desiguales posiciones sociales de distintos actores asociados a un determinado espacio. En cuanto mecanismo de exclusión, la clase se relaciona compleja y contradictoriamente con otros ejes inequidad como el género, dando lugar a un mosaico de situaciones con diversos grados de desigualdad. Las formas de exclusión se relacionan entre sí y suelen potenciarse unas a otras.

- **Criado, E. M.**, (2005): “La construcción de los problemas juveniles”, en Revista Nómadas. N 23- Octubre. Universidad Central-Colombia (pp. 86-93).
- **Danani, C.**, (1998) “El trabajo es un sueño eterno: pensando lo político de la integración social” en R. Castronovo (comp.), Integración y desintegración social a comienzos del siglo XXI, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús- Espacio.
- **Fernández, A. M.** (1994), “La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres”, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- **Filmus, Daniel, A. Miranda y J. Zelarrayán** (2003): “La transición entre la escuela secundarias y el empleo: los recorridos de los jóvenes en el Gran Buenos Aires”, en Estudios del trabajo N°26, Segundo Semestre del 2003, Buenos Aires.
- **Gallart, M A.** (coord.), (1995): “La formación para el trabajo en el final de siglo: entre la reconversión productiva y la exclusión social”. Red Latinoamericana de Educación y Trabajo y OREALC–UNESCO. Buenos Aires, Santiago y México.
- **Grassi, E.** (2003): “Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)” Espacio Editorial, Buenos Aires.
- **Isla, A. Y D. Miguez** –Coord.- (2003): Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa, Editorial de las Ciencias, Buenos Aires.
- **Jacinto, C. Y M A. Gallart** (1998a): “La evaluación de programas de capacitación de jóvenes desfavorecidos. Una ilustración con programas para jóvenes desempleados en los países del Cono Sur”, Instituto Internacional de Planeamiento para la Educación, UNESCO.
- **Jahoda M.** (1987): “Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico”. Editorial Morata, Madrid.
- **Jelin, Elizabeth**, “Pan y afectos. La transformación de las familias”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- **Kessler, G.** (2004): Sociología del delito amateur, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- **Lo Vuolo, Barbeito, Pautassi y Rodríguez**, (1999), “La pobreza... de la política contra la pobreza”, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores.
- **Margulis, Mario** (editor), “La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud”, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1996.
- **Oyarzún Chicuy, Astrid**, “Políticas Públicas y mujer joven: entre la madre y la hija”, en Revista Última Década N° 14, Chile, CIDPA, 2001, pág. 75-90.
- **Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil**, Documento de Proyecto, Mayo de 2004, Ministerio de Desarrollo Social.
- **Salvia A. Y I. Tuñón** (2006): “Los jóvenes y el mundo del trabajo en la Argentina actual” en Revista Encrucijadas.
- **Saraví, G A** (2004): “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”, en Revista de la C E P A L 8 3, Agosto.
- **Wacquant, L.** (2001): Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Manantial, Buenos Aires.
- **Wainerman, Catalina**, “La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?”, Buenos Aires, Lumiere, 2005.
- **Weller, J** (2003): “La problemática inserción laboral de los y las jóvenes”, División De Desarrollo Económico, CEPAL, Santiago de Chile.